

lados proclamados el 18. En su más reciente obra,<sup>1</sup> el compañero Julio V. González, líder de la reforma argentina y uno de los teóricos más autorizados del movimiento, constata el hecho de que sólo en la Universidad de Buenos Aires se cumple uno de los postulados primordiales del movimiento reformista: participación del estudiantado en el gobierno de la república universitaria; y aún aquí con el vicio, lesionador de su estructura democrática, de haberse suplantado la representación de profesores «auxiliares», necesariamente solidarizados por vínculos corporativos con los «titulares», al antiguo estrato de estudiantes diplomados. Como dato significativo señalamos la circunstancia de ser la Universidad de Córdoba, la misma a quien correspondió la iniciación del movimiento, donde la reacción se ha afirmado mejor.

Cumplida esta somera exposición de hechos, conocidos perfectamente por todas las gentes cultas de América, se impone un trabajo de síntesis. Enfocado el panorama con criterio simplista,—el criterio eficaz de Perogrullo y compañía,—el balance es inquietante y desalentador. Poco queda en pie,—sigamos de la mano de estas gentes sencillas que desconocen el sentido de profundidad—de los esfuerzos, de las luchas, de la sangre vertida para hacer triunfar los principios de reforma universitaria, nebulosamente esbozados en la proclama de Córdoba y mejor delineados en el ejercicio de la lucha y en sus experiencias hasta constituir hoy una doctrina, una *posición*, como bien la define Rébora. En este, como en todos los casos, fracasa el criterio de los que pretenden aplicar una estimativa rudimentaria, matizada de sospechoso pragmatismo, a los resultados de un esfuerzo de superación. La reforma cumplió su rol histórico. Ella definió las posiciones de lucha de una generación y templó en sus revueltas los espíritus del grupo de líderes que hoy forma de avanzada, leales a sí mismos y a los postulados reformistas, en el frente revolucionario y antiimperialista. Ella, con sus disciplinas de acción, con sus conquistas y, sobre todo, con sus fracasos, creó una táctica de lucha, aprovechada a conciencia por nosotros, los que ahora decimos nuestra palabra y recién empezamos a cumplir nuestro rol.

2.— Los universitarios de Venezuela no respondieron al llamado de la reforma. No tenían universidad que reformar. Desde 1912 permanecía clausurada el aula, por decreto ejecutivo de Gómez, refrendado por el entonces Ministro de Instrucción Pública, doctor Tadeo

Guevara Rojas. El régimen «rehabilitador», predominio sobre la porción civilizada de Venezuela de la horda y de la mentalidad de la horda, se ha caracterizado siempre por un odio implacable a la cultura, a la ciudad. Por eso, cuando los vientos frondistas de la reforma agitaron la conciencia nueva americana, la familia universitaria de Venezuela estaba dispersa. En la Rotunda arrastraban grillos algunos de sus líderes; otros formaban ya en las filas de la emigración revolucionaria; los pocos que habían logrado eludir las persecuciones de la dictadura se hallaban imposibilitados para intentar una acción de grupo, ya que el estudiantado de las distintas facultades estaba diseminado en los cuatro o cinco locales particulares donde aquellas funcionaban. Expulsados del hogar común, clausuradas por disposiciones policiales sus centros y sus órganos de publicidad, impedidos de ejercer los derechos de asociación y libre crítica, los que formaban en la generación que precede a la nuestra no pudieron decir su palabra de solidaridad con los hombres que, a la misma hora, afirmaban la unidad ideológica del continente. Sin embargo, la reforma-función, la reforma como llamado y norma de lucha social, se realizó en Venezuela antes que en ningún otro pueblo del continente, sin exceptuar a los que estuvieron de vanguardia en los debates doctrinarios. Los estudiantes caraqueños, sin previa declaración de principios, actuaban en el mismo año 18 en el sentido de actualizar sobre la realidad social lo que en esa hora era apenas antevisión en los más alertas espíritus reformistas: el rol político de la universidad. Relatemos hechos. La pandemia de gripe que asoló al mundo a mediados del 18 causó en Venezuela terribles estragos,

explicables porque en nuestro pueblo la higiene pública es otro de los tantos mitos en que se funda un régimen de gobierno sin sentido de previsión nacional. Gómez y sus corifeos de borla y de sable, desprovistos de la más elemental noción de responsabilidad, huyeron desesperadamente de las posibilidades de contagio; y aislados por un cordón militar del resto de la república, contemplaron impasibles desde un lejano pueblo del interior del país,—San Juan de los Morros,—la tragedia de Caracas. Abandonada de los recursos oficiales, la ciudad enterraba todos los días millaradas de sus habitantes. Desde su anonimía vigilante surgió entonces el estudiantado. Desplazando a teóricas «cruces rojas» y a espectaculares «juntas de socorro», los estudiantes asumieron la solución de los problemas derivados de la peste. La labor cumplida por el grupo fué formidable. Miles de proletarios fueron librados de la muerte por la muchachada idealista y briosa, que se impuso el deber de asistir a su pueblo en la hora de la prueba. En los dispensarios, día y noche; distribuyendo medicinas y alimentos en las barriadas pobres; trasladando cadáveres a los cementerios; abriendo ellos mismos las fosas donde enterrarlos. Y por debajo de esta labor heroica, otra, paralela, de agitación política. Enfocado el doble aspecto de esa fervorosa empresa de juventud, escribe José Rafael Pocaterra «... el heroísmo de los muchachos de la universidad, perseguidos, disueltos, ultrajados, desposeídos del derecho a una profesión,—pues que el bárbaro había clausurado la universidad desde siete años antes—aquellos niños, última reserva de una sociedad que se marchitó sin florecer, aquellos niños que han enterrado sus líderes con marcas de grilletes en

las piernas y devorado su angustia ante el prestigio insolente de media docena de idoles académicos, aquellos adolescentes blasón de la raza, orgullo santo de la madre material que los parió y de la patria nutriz de sus ideales, mientras conspiraban para la caída del déspota miedoso, cumpliendo dos santos deberes en un solo impulso, lanzáronse al socorro de la ciudad proceras<sup>1</sup>. La peste fué conjurada. Las masas populares se sintieron más cerca que nunca del estudiantado, después de la labor cumplida por éste en momentos aciagos. En esos mismos días tuvieron ocasión de demostrarlo. En la fecha del onomástico de Alberto I de Bélgica, organizó la federación de estudiantes una manifestación de simpatía y de solidaridad con el pueblo belga, el más sacrificado en la matanza imperialista de 1914. Sin ahondar en las características económicas del conflicto mundial, transidos por aquella aura mística que despertó en la humanidad la fraseología cuáquero-pacifista de Wilson, ingenuamente convencidos de que el abatimiento del imperialista teutón significaba el triunfo de la «justicia» y del «derecho», los muchachos de la universidad seguidos de multitudes enfervorizadas, se echaron a las calles, portando las banderas aliadas y vitoreando a Bélgica, a Francia, a Italia. Gómez era furibundo germanófilo. La brutalidad teutona, patrón de su propia brutalidad, y algunos millones de marcos depositados en los Bancos de Berlín, le solidarizaban con la causa de Alemania. Esto bien lo sabían los universitarios; y por eso, su manifestación ententista respondía también al propósito de definir una posición de divorcio con el criterio oficial. La manifestación no recorrió muchas calles. Los batallones policiales, revólver y macana en mano, surgieron a poco para disolverla. Estudiantes y obreros fueron masacrados. Los representantes diplomáticos de los países aliados, a excepción de Leonard Bourseaux, no aventuraron ni la menor protesta por este atentado ni por las numerosas prisiones de líderes que le sucedieron. Meses después de esta manifestación, ya el vasto trabajo conspirativo que se venía realizando llegó a su fin. A una voz, se movería aquel engranaje pacientemente construido. La misma noche del golpe, faltando apenas minutos para realizarse la acción que salvaría la república, fueron denunciados los conspiradores por un militar traidor. Toda la plana joven de la milicia nacional, intelectuales, estudiantes y obreros

(1) *Memorias de un venezolano de la decadencia*. José Rafael Pocaterra. Bogotá. 1927.

## QUIEN HABLA DE LA Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo. Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

**CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELECTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO**  
Ha invertido una suma enorme en ENVASES,  
QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

### FABRICA

CERVEZAS	jada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera
Estrella, Lager, Selecta, Double, Pilsener y Sencilla	SIROPE

REFRESCOS	Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.
-----------	---

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

**SAN JOSE — COSTA RICA**

(1) *La emancipación de la universidad*. Julio V. González. Buenos Aires. 1929.